

**MÍA**

**Ana Arzoumanian**

*Cuando pueda decir la palabra hambre esta historia habrá terminado.*  
*Diamela Eltit. "Los vigilantes"*

**Con los brazos abiertos**

Resbalaré y lo haré caer por un barranco de tres metros. Respirará, aún.

No llores; no tengo leche. Opaca, viscosa, y con ese olor. Es una secreción como el agua de buche de las palomas. Ácida. Puedo machacar almendras o pepitas de melón.

Me levanto de la cama, bajo unos pasos, voy hasta la cunita. Vuelvo. Y hace frío. Y mi camisón está seco.

Mejor. De todas formas es un zumo blanco. Y yo resbalando, cayendo por el barranco. Mi taza vacía no te aplastará la nariz. Mis venas no se azulan ni se oscurecen las areolas. No tengo grietas. Un portapezones. Un cucurucho. La profilaxis de las comadronas, la ducha de agua caliente, la cánula y el aspirador dan el mismo veredicto. ¿Hay tetas? Y para qué. Es mejor no sentir la ventosa láctea. Cuajados grumos gruesos colman la llamarada, el alarido; la distancia del paladar. La mandíbula y tu lengua como codos, como vértebras, como caderas acalambradas. Tu lengua estirándose de rodillas en la contracción del hambre. No muerde la lengua, bebe.

De este lado el secadero, el escurridor. Una lengua entalla el hilo, tu saliva. Se te riza como bucle tu lengüita. Y desaparece. Ahora ya no tenés boca. Y por qué lloras.

Es mejor no tener hambre. De todas formas es un zumo blanco. Si tuviera algo zozobraría. Si tuviera, escucharía un bullicio desde el barranco, desde los tres metros y vos cayendo, y respirando; aún.

Empecé a no tener pechos cuando vestía y desvestía a las muñecas. Fue cuando encerraba al ratón de juguete dentro de la felpa, esa abertura que tenía el osito en la espalda. Fue cuando empujaba el ratoncito para adentro. Cuando creí que así se salvaba de la demolición, del polvo, de la canasta de la lavandera. Fue antes de que el grito me desprendiera por la cánula del vientre; me descendiera como un padre nuestro por el espinazo hasta el hocico de tus labios. Tus labios que la partera, la enfermera; tus labios que toda la sala de partos te abría. Y mi grito escalaba sobre la escoba como una bruja que no se necesita que esté para estar. Porque había un grito y yo no gritaba. Fue antes de que tocara el cuerno de coral, me

colgara piedritas. Fue antes de que me dieran un ojo de porcelana y oro. Porque la batalla de ojos secaba la leche cuando atacaba, detenía el movimiento. Entonces, sólo quedaron gestos. Mejor. Entonces fui un cuadro de la virgen, de la santa Ana que te mira, te mira. De la santa Ana que no te escucha porque no tenés boca. Que si tuvieras tendría que limpiarte. Si tuvieras me dirías, no pares, no pares, mamá, no pares. Y yo no soy un vaso, una taza, un trompo. Y paro. Y me siento al borde de la cuna, te leo un cuento. Y el cuento es un gesto para que te duermas. Y el gesto es el golpe que se suspende, es el anzuelo que te hago tragar, el balanceo. Te coloco un trapo blanco sobre la cara con la compulsión de quien guarda algo bajo el ala. Para que te duermas.

Tengo la cabeza reclinada y un grito blanco, sedoso, un grito que si lo tocaras sería frío por fuera, y vivo, palpitante por dentro; un grito de mármol. Tocalo, es tan suave. Si te acercaras, su abrazo te quebraría, su blancura de hueso te descubriría un tumulto deforme. Me tendrás así para siempre. Un monumento de jade rosáceo donde ni siquiera las algas se adhieran. Un monumento desabrigado, un abandono dulce en una plaza pública

engullida por la noche; en las ascuas de la voz, los sonidos de los noctámbulos.

Mater Dolorosa, gotitas de lágrimas en lugar de leche. Gotitas. Mejor. Poneme en tu bolsillo. Llevame como una estampita, un icono bizantino.

La Virgen, la santa Patrona, la Señora, en tu bolsillo.

El monumento de mármol está entre rejas. Desde ahí no vas a poder leer el nombre. Ponele un apodo a ese aire que cicatriza enjaulado. De día vienen cirujas y mean al costado de aquello mío que les da sombra.

O seré yo la que no tiene boca.

Me levanto de la cama, doy unos pasos, voy hasta la cuna. Los vagidos. Hasta la cuna. Me dicen, vientre contra vientre, la cabeza en el hueco del brazo, las manos rodeando las nalgas. Pero yo vuelvo. Hace frío, frío. Mejor. Sumergido en agua fría, tan fría, congelada; el

ahogado no se muere. Reacción química, bálsamo del Perú.

Pero el vagido; la manera de contar carros, de medir el chasquido de la lengua. Mi dedo entre la comisura de los labios y el aire. ¿Seré yo la que no tiene boca?

Hay una cuchillada que sopla en los gaznates de la nuca cerrando el nudo corredizo. Una costra de larvas en la mucosidad de la almohada. Y la guadaña de mis manos, mis pies. Se me endurece, se pone rígido. Ese tono de espermicida hacia la pared del tórax, las manos; hacia el antebrazo, el pulgar.

Es un balanceo, se mece, para atrás, para adelante, un columpio. Que, si se suelta eso ahí suspendido, tan ligero, tan pegajoso; el ahorcamiento. Mejor no te alzo.

De todas formas, yo no tengo leche. Estoy en mi primera regla. Cuatro semanas. Un mes. El sujetador tragándose el carozo de algo que rumia. Una saliva silba en el chupeteo. Pero el olor.

Mejor una sopita, un puré de frutas, cereales tostados y molidos. Me pongo el chal, tomo la píldora.

Si te cuelgo de mi brazo, o de los pulgares, verás mis uñas de hierro aceradas. Verás la cal viva. La tibieza de la hoguera que prensa.

Tu sed. Tan tragón que quisieras roer, chupar hasta secar las mangas vacías de mi saco de lana. Porque hace frío, y me levanto de la cama y voy hasta la cuna. Me pongo un saco sobre los hombros. No quiero provocarte.

Es áspera la lana. Tiene algo dilatado. Tiene un caldero de alambres que restriego, restriego. Estamos en plena ciudad; aquí no hay gallos. Ya verás, nadie cantará tres veces, sólo algo perforado como un taladro de culebras, de cachorros que zarpan; algo como una insolación, como veneno en el esófago, un hombro de marfil.

Es una dedicación: lo haré caer por un barranco de tres metros.

Impaciencias de la sed, sorbedores que beben lo que sea hasta que se convierta en sangre. Pegate a mí, colócate bien abajo. No me iré, no me voy a ir. Asciedo. Tenderemos siglos de altura para saborear lo restante. Mudaremos de caparazón, seremos la rata de los tejados, la gaviota argétea, carroñera. No serán nuestras las ondas de presión de otros cuerpos, el pánico del cardumen.

Será cuestión de entregar algo. Algo así como patas de cangrejo de las Galápagos, una o dos de las patas. Será una conmemoración.

El escopetero ya no tiene hambre. No te pongas la capucha; los cerdos no se amotinan. Saborea, saborea.

Sólo a vos mi confesión, el pacto incircunciso.

No me reconocerás por el olor. En lugar de pechos, tengo gasas, gasas como sogas que me cuelgo

para verme más linda, gasas coloridas como un atardecer que cae.

No te pongo en el aprieto de preferirme. Si me agacho no se retuerce nada, y no es un borramiento, una sombra. Es el hambre que no quiero que tengas.

El pocero acumuló nácar en tu garganta. Un nácar aceitoso que filtra, templea el aire raspando montes. Viene en un flujo de tonos punteados. Es un nácar tu voz, irisada agua de madreperla. Es un timbre de plumas macho. Ay, el mástil de tu garganta sin boca. Tañidos de dedos en la escotadura; en la tapa de piel el dorso plano del estrangulamiento. Palpo con una púa la cítara, su caja abombada. Soplás y resoplás agitado. Como un sonajero de pedrecillas las cuerdas de tu voz rellena de trapos. Tan pastoso. Tan vibrante tu cinta nasal que me susurra, y late.

Y estás como el apuntador teatral; detrás, delante, detrás. La escena se desarrolla en Oporto, callejuelas opacas y grises se montan sobre el Duero; es un telón el río, con la herrería de los balcones que parece el farfuleo portugués y es otra cosa; o quizás sea las

afueras de una ciudad mexicana, los hombres de la revolución. Mientras, aprieto con mi mano lentamente, una presión deslizándose sobre el cuello en dirección a las costillas. Es la sólida furia mexicana, me digo, de un pueblo desvelado, de un pueblo piojoso que se presiente desheredado. Pura actuación y vos ahí atrás, apuntando. El soldado mexicano y el enamorado en una cafetería de Oporto toman a cucharadas una dosis de luminal. Pura actuación.

Vos silabeá conmigo ma- má, mi- ma- má me- a- ma, mi- ma- má me - mi- ma - mu- cho. Pongo tu nuca en el hueco de mi muñeca y veo desde un ojo de buey que vos no tenés boca.

Los que hablan, un día, llenan de adioses la tarde. Y yo no quiero que te vayas. No quiero que te vayas para que no vuelvas.

Desposada antes de cualquier hombre. La Anunciación. Sólo la paloma, el ángel, aletea o lucha tibiamente, frota su plumaje en la sábana del aire, viene tibiamente como un fantasma inflamado, y yo estoy

inmóvil. Hacia mi ventana. Llega volando y estoy quieta; la veo llegar.

No, no duele. No tendrás que olvidar ninguna infamia. Es sólo tuyo el oleaje, el golpe de mar. Vino con vos el columpio de sangre. La caída fugitiva, desfigurada, hasta chupar la última gota de lo que no hay. De todas formas es un zumo blanco, y con ese olor.

Un vaho letal, tus pañalcitos quemarían con tu orina. Mi pequeño pateador querrá rociarme con algo, a mí, que estoy seca, seca como un hueso. Seca porque no me baja la leche. Será porque no hay aire, acá. Porque me ahogo, acá. Estiro el cuello con una arrogancia, con una altivez de trono. Me estiro por un río vertical. Augural y posesa como la guerrilla. Aprieto los puños, hago muecas. Tengo los ojos insaciables de la mirada que no se extingue de la madre más joven que el hijo.

Y no me baja la leche. Mejor. Si no hay aire, no seré presa de la gravedad. Si no hay aire, no te raspará el graderío de la caída. Y como no hay aire, no hay ritmo; flotando en crecientes, en ímpetus que suben, en un

perpetuo tránsito, asciendo. La Asunción, su fragor impetuoso, su cuerpo frenético de carne, de carnicería, de sangre que se cuaja en aleluyas de saciedad. Magnitudes empinadas como cantando nanas, como madonnas, como vacas lecheras, el forcejeo de las entrañas.

Sólo las que no se quedan quietas tienen tetas. Las puercas, la tropa de cerdas tampoco tiene ubres; de esa forma no van de aquí para allá, no acarrear sus crías. Te pongo sobre la mesa y preparo caldito.

Yo sé que vos sabés que la resbalosa no escucha. Porque si vos no tenés boca, yo no escucho. Soy el invasor romano en tierras sagradas, no escucho.

Un litro diario, y repetirías el ritual antes de ir al colegio, al volver, antes de las comidas, con las comidas, entre las comidas, antes de dormirte; de dormirte la escalada de vellos en tu pecho, la indefensión de la pelvis. Mascá espinas de pescado. Las glándulas mamarias de los cerdos no se prestan al ordeño. De todas formas es un zumo blanco con ese olor mareante y seco,

con ese olor a algo pasado, fermentado; la naturaleza aceitosa del hedor. No habrá lugar dónde recapitular, ningún mapa olfativo.

Voy a poner flores de saúco, de tilo y de castaño en un florero; olorcito a esperma, o a gato, a pan tostado, a tabaco, a sudor; la pestilencia narcótica de la memoria borrará mi axila, la caída del cuello.

Resbalaré y lo haré caer por un barranco de tres metros. Respiraré, aún.

Deberíamos dormir juntos.

El verdadero sueño ocurre al pie de la cama. No es un filtro, no es unguento, no es un brebaje, es el pulso, el ruidito que hace la sangre cuando corre. Si lo escuchamos, como un péndulo de hechiceros, como los

bucles que peina la sueñera, como algo que se choca contra el cristal del serpentario, perderemos un recuerdo.

Nos arrancaremos las patas, como esos raros insectos; superaremos aquellas historias de gitanos desheredados. Tené paciencia. No hay que ir ni tan rápido, ni tan lento. Es cosa del tono; del ritmo del aire en tus venitas. Y no es unguento ni brebaje, no es filtro. Y no sos vos. Soy yo. La frente, las sienes, la base de la nariz. Yo la nuca. Yo la espalda. Yo el palo de amasar. Yo, primero con los pulgares, después con toda la palma de la mano. Yo que me demoro. Me demoro. Como si exprimiera. Lentamente. Conservando la lentitud. Ligeramente, apenas acelerando. Una presión que esta piel, esta espalda, no han olvidado. Y atravesamos una ola inmóvil, aterradora. Una ola de mancos, de limosneros, de cojos. Una ola cuya espuma nos hace perder eso más suelto, eso más flojito, los recuerdos. Nosotros recordándonos, recordándonos.

Tu lengua como tragada, vuelta hacia atrás mientras me mirás. La fila india de tu lengua que desobedece toda inercia y se arquea. La *U* de tu lengua empuñando al timbalero, a los saltimbanquis de tu mirada. Te hacés un nudo en la garganta, yo sé que te atás ahí para no perderla. Ningún recuerdo. Ninguna mutilación.

Adaptemos el guión. Yo me levanto de la cama, bajo unos pasos, voy hasta la cuna. Y ahora no vuelvo. Yo entre la cuna y el corralito te consuelo y actúo como el cuadro, la foto familiar. Un dogma, un adoctrinamiento.

Apago las luces, y adapto el guión, te doy esa mala noticia: no hay pezón donde se sostenga tu boca. Agarrate del dedo. Tu cabeza no reposa sobre ningún límite de ningún mutuo entrelazamiento. Mejor. No habrá ese algo conocido que te haga decir es éste, ese es el olor del hogar. Si no tengo tetas no soy la sanadora, la privadora. Nada imita el movimiento del cuerpo en el agua, de los labios en el pecho, del miembro en el pubis. Mejor. Si te pensás mientras yo te aseo, te aseguro que serás siempre niño. Así no sabrás del desmoronamiento, de las piedritas que se agitan en el oído, del olor que penetra por la boca al masticar.

Hay un ruido que susurra bodas eternas y no habla de casamiento. Hay el ruido del chupar, hay el vello aún no rizado, aún no grueso y el silencio de mi mano que no te toca. Con mi mano que no me toco, yo adapto el guión, con mi mano que escribe sobre el papel, con la tinta que se desliza anestesiando. Porque yo no te hablo de

Esparta, te hablo de no sentir dolor. Porque si la sangradora, la cortadora, te diera la infusión que dejara sin efecto la anestesia; te verías deforme. Yo observaría la manera en que te mordés, la manera en que el dolor recupera tu sensibilidad.

Renunciemos. Como los vencidos en las batallas cuando había ejércitos.

Sé mi cómplice. Seamos dos los condenados. Apoyemos la espalda en el suelo, estrujemos con los dedos ese pasto de perras. Higiene natural de las perras que luego de parir comen placenta, carne empaquetada. Limpian con la deglución el regazo amarronado, amarillo.

Mantenete a raya. No te inclines hacia delante. La turba de mujeres cumple con el civismo entre las clavículas; entonces, para tensar bien el arco y darme fuerza al hombro, al brazo derecho, me desembarazo de eso que no tengo. No tengo, y no te hablo de algo vacío. De algo que fue repleto y goteante, de algo lleno. Lleno como aquello que se repite, la intimidad de tus ojos mirándome, mirándome. Ponete en el límite.

La delgadez es un ejercicio de altura, es una ligereza lo calado de las velas, la malla desde donde se ve el cielo.

Abren los huesos mientras me resbalo, mientras caés por un barranco de tres metros.

¿Respira, aún?

**Como si se tratara de una herida**

*Un hilito de voz, un sonido, y cierro el pico. Un aire intransitable que sirve sólo para gemir o suspirar, un aire de familia. Con una presión, con algo, algo que debí tragarme, debí haberme tragado, algo que me dice, nada que ver, andate rápido, perdete de vista. Y yo me pongo los remos, intercambio las plumas y patas de ave del rostro de la virgen, y me precipito por un anudamiento de cañas, por el arañazo, por esa pendiente gris del patio de tu voz. Y el cajón de manzanas apoyado a la pared, y el revoque enfurecido de tus siestas. Yo tengo buen oído, mamá. Te escucho por la humedad del traperío que colgás del tendedero. Por el olor, te escucho, por el olor cercado, impúdico de la madera de tus muebles que quedaron bajo el agua sucia inundada. Por el sol que infla tus camisas, blancas, verdes, rosas, por el ruido que hace el sol sobre el algodón, por la forma en que se encoge la perrera desatada de la mañana, antes de que las blusas tomen tu forma y desaparezca ese olor dispar a brea, a chapas calentándose. Me abandono a lo turbio, al rapto del pasillo, al tirón de la última puerta. Me abandono y te veo y te escucho. Me pican los ojos mientras escucho el ruido del maletín. Es metálico. Son de metal las manos y hay algo rojo que después se seca y es tu sangre. Hay un barro seco como calles de piedra detrás de la puerta y son tus piernas. Y metal. Y una luz atrancada en el acero. Detrás de la fachada, la casa está demolida. Se puede ver todavía el trazo de los azulejos ahí donde hubo un baño, y el papel gastado de las salitas.*

*Y está derribada la casa y es tu vientre. Hay una puerta entornada que ya no sirve. Una puerta sostenida por paredes pintarrajeadas que dan a una casa y es tu vientre. Y yo afuera y las manos de metal. Ahora cortan. Yo escucho por ese olor a alcohol y a sangre. Te escucho por el metal de las manos y por el roce metálico de tus tobillos en las anillas. Te escucho por el pisoteo, la ronda en tus entrañas que ahora se contraen. Y es una pura boca el agujero encapuchado del aire. Y el metal. Ahora cortan. Y atan. Atan como un lazo, la tira de carne sobre sí. Ahora te cosen. Vos estás prolijita y cosida. Quizás el hilo de metal ahora cosa el resto de lo que queda; este agujero que no se cierra, no se cierra. Y yo te escucho por la sangre que se me va secando sobre mis brazos, y no es mía. Tocame, mamá, mirame. Hay una distancia y es el agujero, lo abombado, lo excavado de eso que es el más allá de tu líquido. Te escucho por el olor enrarecido de las sábanas que ahora toman el revés de tu forma; tus afueras.*

*Boca abajo, sostenido de los pies, cuando el mar es un espejo donde caigo y me astillo. Como el oyente de un relato sin fin, me deslizo por los zaguanes de la entrepierna que te hacen bajar de la camilla. Te escucho por el olor de tu sudor, la manera en que se empastan tus pelos en la nuca.*

*Huis de la danza. Huimos. Atravesamos un espesor de paredes, un remolino lento y pálido; el miedo de los navegantes genoveses. La tierra cuadrada y el miedo. Lo cuadrado de la tierra y el caerse del agua. Metal. Lo metálico del agua donde no quiero caer, donde burlo el peso, allí donde el mismo peso se ausenta y me suelta. Me alzo sobre el vello sobre la carne. Las brumas del metal.*

*Es cuestión de prepararse, me digo. Es cuestión de no tropezar. Es el cuarto día. Metal; me conserva quien empuña el cuchillo de perros ladrando. Huyo de la danza. Un paso atrás, adelante. Los brazos hacia arriba, alzándome. Y me quedo quieto. Ya está. Me quedo así de quieto para que me pinte, la Signorelli de las madres. Mirame, mamá, pintame. Por la danza inmóvil del arabesco, el reflujó violento del deseo. Una varita de metal para que respire. Para que respire por los ojos porque yo no tengo boca. Por los ojos para escucharte y por el olor, por el olor denso de la sed, la insolación. Por los ojos para ver la pubertad de tu desnudez.*

*Me porto bien, juego al solitario. Vos tenés un maletín. En el maletín hay una cajita de metal con agujas;*

*y no sos la enfermera. Estás vestida con un delantal blanco, el pelo atado; y no sos una enfermera. Yo te escucho y me hablo. Taladra, como un torbellino de mosquitos en la tapicería, sobre los muros; taladra la secuencia informe de este ruido esponjoso. Este ruido a covachas, al canto ronco de arpones. Yo te juro que me porto bien, juego al solitario. Y vos a qué jugás, si no sos la enfermera y tenés ese olor a metal en el vientre. Qué ficción de curtidores, de herreros, de cinceladores esmalta el mango de los puñales. Cuando te escucho y no sé si me estás diciendo ahora mismo lo que me decís; y te escucho. Te escucho por el hollín, el humo, por el mascarón. El carboncillo entilado de tu cuerpo. El olor a lumbre, a piedras o a ladrillos de asta; a brasero, el olfato ciego a la jeringuilla ácida del metal.*

*Espío por la mirilla del cableado sobre la pared. Espío a través de cordeles de hierro, la cerradura de un cordón de metal. Sobre la pared se diluye la sombra maciza de las fábricas. El desenlace de las correas, de poleas de un rumor grasiento. La resignación de las calles vacías y la renuncia de mendigos cuando se lanza la tormenta. Y tu perfil. Yo espío tu perfil detrás de un*

*domingo de verano. Te espío detrás de la calma detenida de las calles, un domingo lluvioso; cualquier domingo cuando en la tarde zumban nubes como bichos. Son de metal las calles, y las paredes, y el domingo y los cables de las venas.*

*Las calles de un barrio cualquiera y ese olor indetenible del desmoronamiento, y tu vestido. Y vos dentro del vestido, y tus piernas sosteniendo ese vestido entre el taconeo que se precipita en ese algo que se cae, y es la calle.*

*Así no se juega, mamá. Yo olvidé algo allá adentro. Los verdugos del roce, los verdugos de aquel roce tan ajeno de tu piel no quieren que vuelva. Y yo olvidé algo. Mam, mam- mamá con los gestos, los brazos. Una multitud de gestos en la lasitud del balbuceo de un mam- mam que al inquietarte a todas horas te pide otra cosa. Yo te pido otra cosa, mamá, otra cosa. Pero vos estás de limpieza, y tenés puesto un delantal blanco, unas zapatillas blancas, y no sos una enfermera. Yo te espío por la sombra que inauguran tus caderas.*

*Así no se juega.*

*Avatares de la pared, la textura de tus medias. El nylon que sube por el acatamiento de tu piel. Avatares de la pared, tu callejón sin salida los barrotes desde donde veo mi cara. Vos traspasás tus manos entre las varas de la celda, sostenés un vasito de plástico de un café lavado. Tu mano y mi cara. Y es tu cuerpo la hostia de tus formas, la carne real. Es tu cuerpo el tatuaje del brazo y el puño, es tu cuerpo esa parte de la sábana, el almohadón que ato a mi cama con una cuerda. Tu cuerpo, las servilletas que froto sobre mis ojos para dormir. Son tus pelos de Medusa desilusionada que no dejan piedra sobre piedra, que hacen ese ruido al tumbarse en el chiquero. Avatares de la pared el escucharte por el polvo que se desprende de tu pubis. Lo predecible detrás de las cortinas, el pronóstico del encierro, mamá, ahí, donde tomo nota, lo inmediato de las rejas donde hacemos cuentas.*

*Dicen que es una desgracia nacer huérfano. Pero yo sé que tengo suerte; yo nací con madre.*

*Ya se me va a acabar.*

*Porque soy varón; ya se me va a acabar. Fue un giro y darse vuelta; un giro y lo tibio se astillará en una torsión brillante. El olor inasible de los cristales cuando se calientan, se agitan. El brillo metálico. La estaca pilosa que brama, que turba en su diluvio, en su vaivén exaltado, y muerde, se encrespa. Porque soy varón y sé de ese instante. La disciplina alelada de los raíles, el hierro por donde baja la mirada. El aplacamiento, su inútil majestad. Porque soy varón y está en mí el oído pegajoso y la resaca marina.*

*Hay algo que se me muere. Y yo miro desde los techos la manera en que se caen las paredes, se estrellan contra las calles. La manera en que las hijas, las hermanas, las mujeres asesinan en la altivez de la noche. La ebriedad de las danaidas en el lecho nupcial. Y se me acaba. ¿ Se me acaba algo del cuerpo, o es el cuerpo que se achica? Tengo suerte. Nacer con madre es como tener un amuleto que toco, que acaricio con los dedos; pero se me acaba. Entonces las manos son sierras que se quedan con algo empapado entre aquello áspero y sus filos. Es un giro y darse vuelta y se me acaba.*

*Cruzo los dedos de los pies para que no pase nada, para que no te pase nada. Cruzo los dedos de los pies para que no se hunda el piso. Porque se hunde, porque alguien tira de abajo, está tirando. Si pudiera bajar de la cuna, acercarme a tu cama, destaparte. Si pudiera apagar la luz; la luz que dejás encendida todas las noches para que no tenga miedo. Para que no llore a mitad de la noche y te despierte; atragantado, fruncido entre las sábanas en el sumidero del sueño. Si pudiera apagar la luz, sentirte apagadamente tierna, cercana, apagadamente cerca. Imaginarte en la oscuridad. Imaginarte Carmen la cigarrera. Yo haría chasquidos con la lengua y palmas sordas; lentas palmas ahuecadas retumbando lejos. El sonido seco de palmas dormidas, mamá. Y el grito del cante, los volantes a lunares, mis pantalones estrechos y el gusto a sangre en la oreja. El grito y tu cuerpo que se retuerce, el desplante del torso. Con pausa. Con la mímica del abandono que se consume en tu taconeo, en la mímica del vigor, los arrestos de aquello que se quiebra; el quiebre de la voz que cabalga sola, el cante. Y el sonido monocorde de la cuchara que froto sobre una botella de anís. La cuchara de acero, el metal. El espiral del toque, la enjundia de Carmen, la cigarrera; de la sombra de los lunares sobre el piso. Sobre el piso que se hunde bajo el taconeo. Y la sangre en la oreja, la flor; y la extensión del círculo donde no*

*hay recorrido, la resignación sin destinatario del abandono.*

*Abatir. Abdicar. Abandonar.*

*Metal.*

*Desecho. Como el desecho te hablo, mamá, arrojándome.*

*Tengo una coartada; hagamos todo de vuelta. Posterguémonos. Cuando nos llame no digas “heme aquí”, no le digas. Yo no te voy a mirar. Es gris la tarde y un viento caliente seca las huellas. Nadie se enterará, tenés toda la ropa lavada y a esta hora se está secando. Si no les decís que estoy acá, nadie tendrá que proveerte. Tirá los paños y cepillá las alfombras a contrapelo. Quizás tengamos visita y yo tengo una coartada. Me alisto en la marina mercante. Me pongo el uniforme y me alisto y te llevo. Como una mercancía te llevo por los mares; te cambio, te intercambio. Vos te quedás parada en el umbral de la puerta, me das palmadas en la espalda y yo voy a alistarme. Ahora no te hablo. Me doy vuelta y*

*te llevo por los mares. Por una caja de cigarros, una cajita de higos disecados atada con cintas turquesas, yo te cambio. En la marina. Un trabajo donde, al irme, no tenga que olvidarte, porque estarás ahí, toda ahí negociándote.*

*La marina mercante. Que no se te pase de alto poner su foto. Yo soy heredero de tu celda. Heredero de tu cuarto vacío, de tus paredes desnudas de pintura saltada, con aquella ventana que se traba, con esos vidrios empañados, y esa cama vagamente blanca adosada a la ventana alta y el balconcito; y tu calle que se ahoga en el mar, allí donde se acaba, donde termina, ahí donde yo me alisto. La marina mercante. Y el barco por el zigzagueante mar cuando despertamos sobre lentes esféricas, sobre opacas lentes que habrás pulido a mano, allí donde tendré los ojos más largos, más cortos. Lentes esféricas bajo el cielo del alta mar.*

*Si ni siquiera me pegó, sólo atado solo, y yo preguntándole viendo su cuchillo, viendo el fuego y la leña. Yo preguntando papá dónde estás; y él respondiendo aquí estoy, aquí estoy con el cuchillo en la mano, el fuego, el leño. Aquí estoy, a unos pasos, más abajo de la piedra, el altar.*

*Poné una foto de él en el bolso.*

*Si sólo levantó la mano para desatarme.*

*Tengo una coartada, posterguémonos.*

*¿Será que no es mi turno?*

*Él bajó el brazo, me desató. Él pensando ahora no, ahora ya no. Y yo muerto como un perro muerto. Yo bajando las persianas de la tienda un día feriado. Yo que también abro los días feriados, y los fines de semana, y los lunes martes miércoles. Abro con el gesto de los predicadores.*

*Vuelvo a casa por la puerta del costado. Y el negocio a oscuras, y las puertas atrancadas, y todo el feriado de las calles. Y las chicas que no salen mostrándome sus piernas con sus polleritas a tablas celestes, blancas, rojas. Y el caminar hasta casa como cargando un perro, muerto como un perro muerto. Y tu voz que me dice no, ahora no. ¿Será que no es mi turno?*

*Mis brazos y el agua como insectos pegoteados sobre el mosquitero de latón. El agua*

*cenagosa donde no floto. Y él que ya no extiende su mano sobre el altar, la leña. Él, el provisto.*

*En sus manos hay marineros que navegan a la deriva en botes salvavidas, hay viajeros bloqueados por la nieve en la montaña, hay huesitos. En el mortero de madera de sus manos hay huesos y pelo quemado de niños sin pestañas. No te inquietes.*

*Yo soy tu cosita, aparejos, cacharros, un chirimbolo; cosa de ver, cosa rara, tu cosita perdida. Buscame el diente. Es tuyo o mío esto blanco que parece un telegrama con unas líneas que van directo al grano. Es mi pulgar lo que me tragué después de chupar chupándomelo, o es tu diente. Buscame el diente que tengo algo atascado acá, el pico plateado de la tijera. Tengo una tijera en la garganta que corta, corta. ¿No ves? Se me lee en los ojos el grito cortado, cuando hay una luz como un soplido que hace más brillante el hueco donde no me siento la boca. Buscame el diente, sólo vos podés darme eso que quieren robarme, esa herida.*

*Tomame fuerte de la espalda, golpeá seco en la panza. Haceme escupir el diente.*

*¿No oíste nada?*

*Un frotamiento. Algo que raspa. El silbido ondulante de la lengua. O el soplido de la luz por la ventana de María. De los vitrales de María por donde penetra la luz; de María la que no luce por sí misma sino por el resplandor de la ventana de la que me tiro. Un roce de escamas, de vainas. Un beso manco de vidriero. El pabellón cerrado de la vidriería y las botellas de colores con un líquido que mancha.*

*Entonces anestesiás mi garganta con el vidrio para que no me entere, para que no trague el veneno. Mi garganta no es testigo para contar los números del derrame. Las botellas de colores con ese líquido tibio; la leche o el veneno. El líquido y la frotación que, al tocarme en los vidrios, mancha.*

*Te escucho por la puntuación labial de las vocales. La aspiración de todas las o, las o del asombro, del ocaso, del tedio y la o de hombre, de esa pesadez del sonámbulo cuando todos duermen. La o que falta. La o que se ahuecó del tedio. Lo no urgente de ese hastío en la o de vidrio que te roza y mancha tu bombacha. La o del odio, del te odio.*

*Mamá.*

*Ponete el delantal. Atátelo. Ponete el delantal así no te salpica, no te ensuciás al cocinar, al calentar la leche. Tibiecita. Tibiecita. Atate el delantal así no se te mancha la blusa rosa.*

*Así sea. Yo te veo desde acá, de atrás, de adelante. Te veo el espacio rosa que deja el lazo del delantal violeta, atrás; te veo de adelante, de atrás. Me digo Mater certissima, así sea. Y cuando te veo así de limpia, de cuidadosa, me digo, ahora me toca a mí. Ahora me toca. Ahora iremos a pasear, me llevarás en cochecito por las calles. Poneme lindo, elegime un pantalón azul y una camisa blanca. Las medias de hilo y el perfume a jazmines detrás de las orejas.*

*Yo cruzo descruzo las manos como hacen las niñas. Yo, como un desliz de arriba abajo, un desgajamiento, cruzo descruzo las manos. Tené las tuyas ocupadas porque yo juego como las niñas un juego de niñas. Un juego picante, un juego donde algo de lo mío se adelanta: fideo fino fideo grueso; cruzo descruzo las manos. Fideo fino fideo grueso dando la vuelta; descruzo las manos agotándote. Ahora agotándote: fideo fino fideo grueso dando la vuelta te corto el pescuezo. Y doy vuelta más y más rápido, oblicuo, mirando al cielo, más y más*

*rápido; así sea. Fideo fino fideo grueso. Dando la vuelta. Y si no juego con vos; yo sin vos que juego solo, sin vos, que juego solo. Yo que juego como las niñas juego de niñas. Cruzo descruzo las manos, dando la vuelta me corto el pescuezo.*

*Mamá. Así sea.*

*Se me va la mano.*

*La disciplina, las técnicas de la higiene decía: no más de seis mamadas por día. Una distribución, una cantidad repartida por la guardiana. Como una alfarera das forma a un tubo digestivo. Yo busco el frescor al costado de mi cama caliente. La cama que segrega calor, y vos separando las rodillas, distribuyendo. Y yo el tubo digestivo. El furor del tubo, su furor bélico, el combate y a mí que se me va la mano y tiro, tiro. No sos graciosa cuando te reís; nada graciosa cuando pediste un hijo, cuando dijiste haceme un hijo, hacemelo. Contame otra vez esa historia; otra vez lo de haceme un hijo; y otra, otra vez, contame aquello de hacerte un hijo y el diente de leche.*

*Contame otra vez la historia, aserrín, aserrán los maderos. Piden queso y le dan un hueso. Los maderos de San Juan. Y le dan un hueso. Los maderos. Y le dan un hueso y le cortan el pescuezo. Y ahora no te escucho porque no tengo nada que oír. Y ahora no me ves porque no podés ver nada. Nada, cortado el pescuezo. Un trocito, el meñique que se me va; se me va de la mano y se queda a flote. A flote mientras no suelto eso que sujeto. Eso que sujeto como un pescador que no se tira al agua para buscar el pez, el pescador que espera el tiempo de la carnada, mamá, la mecánica del estrecharme.*

*Dejá ya de pasar mis pelos por entre tus dedos, prepará los tenedores. El primerísimo metal de tu mesa.*

*Tengo una sospecha. Es mejor no representar el papel. Mejor no hago de hijo. Porque ahí atado, la máquina bélica tomaría para sí esa leche de yegua; ahí un hombre me convertiría en tu destino izándome de los tobillos.*

*Mejor pongámonos de pie juntos como en misa. De pie como si fuésemos muchos, colectivamente*

*aferrados a la acería, la tenaza, el martillo. Metal. Mejor. Hay una púa de hierro que me engancha y me sujeta a la barra, los altos hornos. Un cortafierro.*

*Tengo una sospecha. Cortamano, cortafierro. Cortamano, mamá. Mejor no hijo, tu hijo. Cortamano, cortafierro; alguien, alguien de los dos, de los tres, alguien se va al infierno. En el bichero del infierno, en su sacrificio quemante se fundirán todos los hierros. Hierro colado. Metal líquido, descuajado, vaciado en el surtido de moldes de la imprenta. Nos quedaremos como un muerto, nos dejaremos de una pieza grabaditos, incrustados sobre la hoja volante, la separata, la tabla del madero. Inalterables nos daremos a la estampa y veremos la luz.*

*Hagamos las cosas ordenadamente. Primero, hay que secar la carne. Primero, reduzcámonos a una planitud de palmas: y así, disminuidos, sin espesor, nos miraremos con la devoción de las cosas santas. Yo, las rodillas dobladas. Yo, muerto recostado en tu regazo. Yo, con mis piernas que ninguna sed pudo quebrar. Vos, el tercer día.*

*Uniformémonos. Hagamos las cosas ordenadamente, mamá. Primero un leve movimiento y secar la carne. Primero un laminado delgado, delgadito en las medallas. Después, mansamente ordenados, apaciguaremos el frenesí, nos detendremos en el gesto pasmado de tu cara. La tensión de tus ojos. La cuerda que se corre y aprieta. No te preocupes, ya no veo la sogá, el látigo del fondo de tus ojos. Él está muerto sobre tu falda. Muerto sobre la caricia de tu falda que huele a flores de tilo. Muerto no queriendo saber nada de ese olor de tu cuadra. De los árboles de tilo y de las hadas que habitaban en el agujero del tronco y perfumaban tu cuadra. Tu falda. Muerto que si miro tus ojos ahora son las ramas del árbol de tilo frotando el aire en plena tarde con tu pollera a pintitas bajo la transparencia curiosamente inocente del sol. Mis manos.*

*Alejémonos de la cocina. Llévame a un parque, o juguemos en tu pieza. Mejor, alejémonos de la cocina. Ahí están los platos, tus plantas. Están los vasos, las cucharas, tus fotos sobre la heladera. Ahí están los manteles, las cacerolas y los cuchillos. Vayámonos. No sea cosa que te equivoques. El cuchillo o el bisturí o tu*

*mano, tus dedos. Tus dedos como si me mirasen, me vieses con el ojo vigilante atravesando tu panza, llegándome. El antojo de comer, su desatención. El malestar en las manos, sobre las barricadas de tu piel. La marca de eso que continua al hombro y es la mano, de eso que prolonga la mano y son los dedos, el bisturí de tus dedos; los cuchillos. Mejor, alejémonos de la cocina. Guardá los cuchillos en el cajón. Cuando yo veo el filo sé del sueño que soñamos juntos, del capricho que nadie cumple; que no te cumplen. Entonces el lunar es tu ciencia, la certeza idéntica de lo nuestro. Mi cicatriz bajo el espacio soñado de tus cuchillos, mamá.*

*Desposeámonos. Como un terreno al precipicio, tras la avalancha que no lo contiene; no tengamos más nada. No me tengas. El bisturí, el cuchillo, las ganas y el lunar. ¿De quién me tendrías si vos sos la madre venerada de mí con el padre de quién? ¿De quién el padre? El padre, tu padre. El padre, tu madre, mamá. Tu mamita.*

*Alejémonos de la cocina. Ahí hay algo encendido.*

*No juguemos.*

*Se quemará tu mano, tu cara, tu pie de ala de pollo. No juguemos con fuego. Mirame sin parpadear. Mirame. Las lágrimas de la virgen son sangre. Es tibia sobre el mármol, la madera tallada de la virgen. No te toques. No te toques que siento olor a cuerpo, y una letra tuya me escribe aquello anterior, antes de que yo pueda llamarte.*

*Frotame con alcohol, limpiame. No te toques; frotame con alcohol. No te toques las lágrimas que son sangre.*

*Seré médico, abogado, padre, arquitecto, me casaré con mamá. Las lágrimas son de sangre o de fuego, te quema tu cara o llora la sangre de tu hijo. Tu hijo, mi hermano, el padre. Escribime, mamá, hablame en otro idioma. Vos sos tan buena en lenguas. No llores; las lágrimas de la virgen es la sangre de Cristo. La sangre o el fuego que me quema. Cuando sea grande me caso con vos. No esperes a necesitar algo, tocate antes. Antes, que un antojo no se frota, no sale. Soltá la lengua y hablame. No llores las lágrimas. Las lágrimas de la virgen es la sangre. Del hijo. Y se evapora en fuego se reduce como soplo, se deshace. No parpadees mamá. De no hablar se hincha la lengua, ves? El fuego, la sangre.*

*Venzamos el fuego con otro fuego. Cal viva como si no fueras de carne. El pan se hace piedra cuando las lágrimas son de sangre, del hijo. Del hijo muerto la sangre tibia en tu cara. La barbilla, los ojos, los dientes y la garganta de tu cuerpo flaco. Flaco. De él es la navaja que hiere que sangra las lágrimas de la virgen.*

*No juguemos con fuego, con esa señal de la vena partida y soldada.*

*Algo me huele mal. Alejémonos de la cocina, no sea cosa que echas sal en la herida. Desde la ventana de la cocina se ve cómo arde el techo de chapa de la casa del vecino. Cruje. Se ablanda.*

*Alejémonos. Poneme yogur o algo fresco sobre lo que me abraza, me consume. Como los granos, la paja o el tabaco ardiendo copiosísimos. Estoy que ardo.*

**Un paño limpio, apenas estirado**

Me hubiera gustado tener hijos.

Él, desabrochándose la camisa blanca. Él tirando la camisa al piso. Él diciéndome no lo nombres, que no lo nombre, si lo nombrás te vas a encariñar, no lo nombres. Él sacándose el pantalón. Él de pie, rápido de pie. Él de pie contra la pared. Él que no lo nombre. Él, que ni siquiera me desnuda. Él, que la puta que te parió hada madrina. Yo apareciendo desapareciendo con una varita, me limpio la boca.

Yo que hubiera querido tener hijos.

Seamos iguales, apilémonos. Apilémonos, le digo. Él con gusto a insecticida. Y yo que de a poco me suelto. Es un desprendimiento, una inmensidad inmóvil.

Yo no estuve ahí. Yo no lo hice, si me hubiera gustado tener hijos. Sentir en mi cuerpo ese latido, esa boquita mordiendo mis pechos. Pujar, pujar ese cuerpo inmerso, y más tarde introducirle una teta y luego la otra. Darle el secreto como algo dicho al oído como un juego, algo dicho en media lengua, algo que después ya nadie pueda recordar.

No, yo no fui. Yo no quise. Si ni siquiera sé cómo se llama.

El ruido de los grillos, los perros callejeros y la caída del sol. Las horas que pasan por el cielo, por el color del cielo que va del rosa al azul, del azul al vacío. El gesto contable de carnicería, las horas y las nubes corriendo por las ventanas. Y el olor a viejo en el comedor, en la pieza y en el baño. El olor a viejo apenas bajo de la cama, cruzo la puerta, entro al baño. El gesto contable del olor que me golpea a la caída del sol cuando se cierran todas las puertas y huelen a orina las sillas, las manos. A esa hora, me reclino en sus ojos que no están. En la tibieza, en el recuerdo de la tibieza de sus ojos que no están. Me reclino en la negrura de sus ojos que son como la noche, la caída. Me reclino en el silencio de sus ojos mudos que me escuchan; en el oratorio de sus ojos, me reclino, me recuesto.

No fui yo, si no fue un hijo lo que me nació. Cuando interroguen acerca del padre, se me hincharán los pies.

Se abulta. Un fuego azul, nudoso. Un fuego azul como si el cielo se incendiara disimulando sus rojos y se quemara así, escondiéndose, una espera de siglos.

Siglos está el cielo esperando el ardor sin llamas, sin llamas la luz que se desprende, su ráfaga de tormenta sobre los mástiles y las velas. Es azul el fuego inconsolable, la hoguera o el disparo que cae voraz como leña. Es azul inconsolable la estampida, sus chorros de chispas que ascienden. Es un criminal el azul, un asesino que grita entre la muchedumbre y se pierde en círculos. Entre la multitud que lleva antorchas en sus manos, el azul inspira a matar. Y es un canto de un dios, de un cisne; y en el canto, es azul lo que inspira. El cisne canta para que me nazca de un mismo parto un espesor de vapores, un deseo de aire que abrace en fuego los huesitos.

Del blanco a un amarillo más oscuro, el fuego se come la carne. Sigue su curso el azul, simula la asfixia de la piel entre gemidos, me deja marcas.

El perito dice: cicatriz de parto. Cicatriz de parto, el pelo quemado y el parpadeo del vientre de la estoica llama de gas. Azul pálido que se abulta en los pedacitos que ahora cambian de color.

Del blanco al amarillo más oscuro; una sombra seca, porque no es un niño lo que nació.

Fragmentos pardo-rojizo. Blandos. Velloidades. Restos ovulares.

Que comiera por dos. Para que crezca bonito, crezca redondo; me decían, por dos. Por dos adentro. Dos que me da vueltas, se retuerce, se da vueltas adentro. Adentro calesitas, la fiesta, el parque de diversiones. Que coma por dos. Que coma rosa, celeste. Que mire sólo cosas lindas. Yo, que mastico celeste, selecciono muñequitas. Y mientras tanto, eso que se mueve adentro, se mueve.

Mejor compro flores y las dejo en las puertas de las iglesias, las puertas que ahora están cerradas; San Ceferino, San Suplicio y la entrada a la Presbitería. Corro hacia abajo por las escaleras de una calle que no termina. Bajo. Despacio. Que baje despacio, porque mientras mi cuerpo desciende eso sube como una muñeca al revés. Es toda una disciplina ser dos. El coletazo tibio que me mojaba no era mío. No era yo el vómito de vidrio que cortajeaba la lengua. Era mía la lengua pero no el corte, su cuchilla granulada. Quién sabe de las moras pisoteadas de mi lengua, que es eso molido que vomito y me corta, me corta. Y qué parte de su cuerpo enredado se cristaliza, se me hace vidrio en la boca.

Hasta el fondo de todas las calles. De las calles que no tienen fondo. O de las casas, hasta el fondo.

Iré por el fondo de las casas, pero el fondo es infinito y siempre hay más.

Ahora hay astillas en mis pies y unas manos adentro. Más. Fragmentos pardo- rojizos. Blandos. Velloosidades. No tocan fondo. Más. Restos ovulares. Duele adentro pero no es el fondo. Escarban y escarban; pero no es el fondo. Un ruido de hojas secas. De hoja seca la matriz vacía; pero no es el fondo. Alguien toma la espátula. Dilatada. Pero no es el fondo; todavía. Todavía. Una máscara de combatiente, blanca en la mitad del rostro, de un rostro que se me guarda. Y muchos, con ese trasto transparente; la bélica naturaleza medicinal.

Hacen lo mejor por mí. Dilatando, y todavía no es el fondo. Me quedo dormida y sueño con el corredor de mi casa. Un museo. Niños deformados.

Coger con un muerto. Eso fue. La luz que se colaba por los mosaicos de Estoril. Los rombos de sombra, los rombos azules, marrones; los mosaicos de Estoril y la niña jugando, haciendo que jugaba detrás de la ventana.

Con un muerto. Eso fue. Rítmicamente regular el silencio. Alguien durmiendo, arrodillado sobre eso que no era amor, era pena. Una muerte súbita por un disparo de bala. Espeso. Espeso como una sopa espesa. Flotando boca abajo un lunes de enero. Flotando ahorcado en la calle de las rejas de Balvanera, con las manos y los pies colgando dentro del líquido, los ojos gelatinosos. Y algo mío que grita muerto! Le echo unas sábanas sobre el cuerpo y acaricio esa idea. Habrá sido cuestión de economía y limpieza, me digo, habrá sido un hacha y no el martillo, porque un martillo no salpica tanta sangre. Para deshacerse del cadáver, él se almacena en mi cuerpo. Un almacenamiento. Semanas en el agua. La sangre cae a cucharada limpia. Cuánta sangre cabe en un cuerpo, una bolsa de plástico, la incisión de la piel. Cuánto cabe, me digo, mientras gotea en la cama, en el mosaico de Estoril. No es amor, es pena. Cuestión de economía y limpieza. Coger con un muerto. Un destello de rocío letal, partículas de plomo y un veneno metálico en el pelo de la dosis, la pequeña dosis que se traga. La mujer india de sus ojos está atada al árbol mirando cómo se acercan, pero no son las lanzas, ni las misiones españolas. Queman, ponen en urnas. Almacenan. Y mi camión de satén y yo que no digo basta porque algo mío grita muerto! La pausa del plomo y la agonía. Coger con un muerto lo que se deshace, se desmorona. Como una sopa espesa. La niña jugando, chupando el hierro de la ventana. La mujer india

y yo que le echo las sábanas sobre el cuerpo, su cuerpo muerto.

Y la despedida, la caravana lenta frente a la casa, la ceremonia familiar. Dulces sueños el olor violento de las flores y aquello que se le cambia de color en el descanso eterno. Eternamente un muerto cada vez, cada vez que así de muerto se acuesta me tapa la boca, se acuesta me pone la almohada sobre la cara, se acuesta en la piecita que daba al patio de atrás, la piecita que yo prefería en verano porque al descalzarme eran frescos los mosaicos de Estoril.

¿De qué color es la sangre? Espesa.

Como una sopa espesa, espeso. De qué color, que si los perros la lamen se vuelven locos. Cuál el color que se cuaja, que si el pez lo rozara se disolvería en el agua. Viene desde el corazón, de la sangre. Se acumula como lirios destripándose junto a los ríos de Babilonia. Viene estremeciéndome, macizo. Y un animal dentro del animal se me acuclilla. Él lleva el bolsillo roto, se le caen semillas como dedos untados en miel.

Me frota los pies y me cubre a mares de una densidad lenta de olas. Desde la cabeza hasta donde lo protege el hueso sagrado, toda su semilla viene en trepidaciones terrosas, se hace sólida. No es sangre.

Una semilla, una semillita. Inhalo el olor a sahumero, a incienso, a frutillas en vino tibio. Tiemblo.

Pero la semilla, la semillita, no aguanta el peso. Me siento arriba y no aguanta y la aplasto. Y quién me pone cómo; quién adentro. Si la semilla dentro de mí, o si yo en la semilla cuando no aguanta, no resiste, cruje y se rompe con mi peso. ¿Y si pruebo de otra manera? Colocá todas las semillas en un balde, yo me tiendo en la soga y me tiro desde ahí arriba. Y desde arriba me estilizo, me hago finita, me alineo cayendo hasta el agua en el balde, el agua barrosa. Tengo un traje de baño rojo y las piernas regordetas; es un circo. Mientras hago equilibrio en la soga, en el trapecio, apagá las luces y encendé la música. Hací aquello de los tambores redoblados que me tiro y me hago flaquita. Vos en el balde, en el agua barrosa, en la red cultivada de semillas, viéndome cada vez más grande de cerca, más gorda.

Hagamos de cuenta que es mortal la caída; el drama del circo no se cumple sin la promesa de muerte. Hagamos de cuenta que me caigo en balde, en el balde donde estás y te traspaso. El público aplaude, grita, aplaude. En el centro del corazón de un público que no es el público algo pide más, pide más. En el centro del corazón del circo que no es un circo la chica, la simplemente Lucy, gira en el aire, abre las piernas y flota con su cuerpo estremecido entre las sogas. En el centro de las arenas unos payasos que no son payasos alistan el andamiaje, estiran las cuerdas, ajustan el balde. Estoy, desde arriba, midiendo el oblicuo de la línea hasta adentro. Entonces, me tiro.

Cuando tomo impulso y por fin salto, veo pañuelitos de papel, una camilla. Veo un tacho, no un balde. Veo médicos y qué hago acá si no era un circo, ni yo la mujer- mono, su entrepierna pilosa. Para qué me dan pañuelos si no lloro. Entonces me ato esos papelitos como una piedra pesada al cuello y me hundo en un río de sábanas.

Ortopédicamente frío el silencio de tijeras, de filos, de la línea amarrada que corre en mi entrepierna. Frío por el pedazo de trapo que me ataron, el culo al descubierto. Como ropa en remojo, un frío de ciegos, de sordos. El frío de la anestesia. Un frío de sótano cuando me trepo por las paredes para salir; un frío, cuando empujo la puerta y los soldados me apuntan. Y escombros, y campos. Frío. Raspa el frío. Cuando salga de ésta me voy a rapar la cabeza como un bebé, como una mujer judía. El alambre de púas en la cabeza y ella que cada vez se hace más pequeña. Ella que es judía y no es su primer día de matrimonio. Pec, Djakova, Malisevo, Klina, la cabeza rapada, los carromatos y yo que tirito de frío en una antigua fábrica de pan. Hay toallas y pinzas largas. Hay hombres que son trasladados bajo plástico con agujeros, a la deriva. Hay mujeres que miran como si nunca hubiesen dormido. Un cielo frío y bodegas con niños asustados. Afuera, se divide en cuartos para carne. Si salgo de ésta me rapo la cabeza como un bebé. Si no me alejo demasiado el retorno será tan rápido como la huida. Arrastrada por un trineo en el helado círculo polar, voy. Blanco. Se mueve. Frío. Un cementerio de coches y las tiendas de refugiados, mientras dividen en cuartos. Para carne.

Ahora, nada se mueve. Algo atraviesa etéreo una frontera. Algo, como lo que nunca estuvo, duele.

En la panza.

En la panza que vomito, me lo saco. En la panza que me pongo el dedo en la garganta y le hago atravesar el cuello, mi cuello largo. ¿En la panza, mamá, o en mi cartera?

Él que me mira a la cara. Él que me abraza. Él que tiene un bollito de papel en la mano. Él que tiene un bollito con olor a harina quemada. Un papel, un seminal. Me dice, dónde está la cartera. Me dice, tiralo por ahí. Me abre la cartera, pone el bollito. El papel con olor a harina quemada. Tiralo por ahí, mamá. En qué panza; si el papelito en mi cartera, la sementera, si tiralo por ahí. Él, que no quiero dejar basura acá sobre la mesa, la cama, el baño. Él, que tiralo por ahí.

Yo siento algo flotando, suspendido; suspendido, colgando. Mi dedo a través de la garganta, mi cuello largo y yo que tiro. Que tiro ahí. Que tiro de ahí, mamá, de ahí y no por cualquier lugar. Un poquito más. Un poquito más como la avispa de Guatemala, la picazón y su mordaza que no supura. Un poquito más y balancea. Lo hamaco tanto que si tiro fuerte de la cuerda sale volando. Vuela.

Ráfagas de agua arenosa contra el paredón. Una jauría líquida hacia el guardabarros de metal; y el agua que se me va. Que se me va, como una inundación, pero al revés. Al revés el agua que no resiste la cabalgadura de los huesos. Como un mar que se cae. Un mar de tierra de un imán pulverizado que no es de hierro, de hierro dulce.

Se borró el cuello y un agua caliente desciende por el anillo pelviano. Miro desde adentro, desde la vigilia del pulso, la habitación aislada y los niños expósitos hechos retazos. Miro a los niños que no hablan porque no tienen boca. Miro los labios ajados, secos, anegados de inundación, pero al revés. Bocas que manipulan la forma seca de un beso. Un beso sin lengua. Es por eso que no hablamos, porque era de beso la boca. De beso cuando se me despegó algo, descendió. De un beso sin lengua, sonoro, grotesco. Como una inundación, pero al revés, un océano bebido por la alcantarilla, algo que sucede entre Florida, Bermudas y Puerto Rico, algo en el mar de Sargazos, repetidas veces, algo. Como una boca, un beso; un beso sin lengua. Sin rastro sobre la cima de un volcán sumergido. La corriente del golfo y las aguas tropicales y lo que desaparece de un barco que ni siquiera está en el

fondo del mar. Así, como una inundación, pero al revés; se vacía, se desagua, se me rompe.

Me tienen atada a la mesa por una correa y yo siento un ruido. Un ruido a frunces, a elástico, a llagas, a madera. El ruido de la cama de los padres. Estoy medio lejos, apenas cerca; un ruidito más y me imagino. Me imagino los pies en el cuello, las piernas sobre el pecho y la oscuridad de sus ojos tanteando las paredes, iluminándola. El ruido de púas erectas arañando las sábanas, y ese movimiento mordido de la piel que va de un cuerpo a otro. Si cierro los ojos puedo escuchar mejor; puedo sentir la manera en que un hombre me roza. Y en ese momento en que el niño sale de madre, yo puedo ser ella o él. Él entrando saliendo, él cuando te sacan y te vas de mi cuerpo. Recogen sangre. Te recogen mientras yo no miro tus manos, no tengo por qué mirarte. Y oigo ruidos.

El ruido de la cama de los padres. O de Magdalena acercándose cuando no quiero que caigas a la fosa que cavo. Magdalena solloza y sólo encuentra un mármol vacío, y vos que no me toques Magdalena que

todavía no he subido, todavía no subí. Es lindo sentir la manera en que un hombre me roza, aunque no toque, no pueda tocarte.

Cortar por lo sano. El espéculo, las maniobras y las agujas de tejer. O del tallo grueso la mecánica de las campesinas en los matorrales. Entre los yuyos, la insistencia del ahuecarse. Y el volver con las polleras manchadas, el regadero por el pasto y los ritos de la caza mayor.

El espéculo, los tejidos y el instrumental. Cortar por lo sano. Lo sano de mi garganta cuando me hago cantante de ópera, me gasto la voz. Separan del agua la sangre, la cabeza, las piernitas; las manos con sus cinco dedos. Cada mano tiene cinco dedos; dos pies, cinco dedos en cada pie; dos brazos. Separan del agua, buscan. Yo canto el *Stabat Mater* por la radio del campo y ella mezcla, mete las manos en el baño y busca. Retorcida, busca las patitas, la cabeza, los cinco dedos.

Él, escucha música, me tira al piso, me levanta los brazos. A él que le gustan los violines, el piano; me tira del pelo para atrás, apoya los codos. Él que se ve sangre me dice qué es esto, por qué no me avisaste.

Él que apoya los codos me deja mechones en el piso; los pelos, la cacería y el trofeo. Yo le digo que no sabía, que no es nada, que qué pasó; y él corta, corta y sangra, por la herida.

No voy a contar con vos. No te voy a contar acerca de este olor que siento a lenguas y riñones, a entrañas de animales muertos hace semanas.

Llevame.

Pronto me dejarán toda limpita, pero yo necesito hijo todavía. Por qué te vas así sin cobrarte.

Llevame con vos. Ojo por ojo donde estés, diente por mi diente que se muerde mientras me limpian. Si me dejás un domingo a la noche en el umbral de la casa cuando los perros husmean un sitio donde tirarse y pasar

la noche. Si me dejás ahí mientras cae la espesura húmeda del rocío y vos te vas. Te vas y ya no puedo ver tu brazo saludándome desde lejos. Si te vas y sólo me queda contar horas que se hacen infinitas, días que tironean en los dedos. Me siento en un sillón de mimbre en el porche de la casa y me balanceo. Ya van diez días, dos años, cuatro meses. Ya van ocho años, cinco días, tres meses. Voy a sacar el auto y tomar el camino por donde te pierdo. En esa calle intento hacer tu gesto, saco el brazo por la ventana para saludarme y enterarme acerca de cómo me veías al irte. Con una mano saludo para hacer tu movimiento y con la otra abro cierro la ventana. Con mi brazo izquierdo abro cierro sobre la mano derecha que saluda. No me veo en el sillón, los árboles arañan de un verde tupido el techo de las calles.

Hoy es domingo. El lunes iré hasta la avenida, publicaré un aviso en la anteúltima página del diario. Si voy el lunes, saldrá publicado el martes. Domingo, lunes, martes; ya son dos días menos.

Monocorde el ruido a timbre del monitor, del cable a mi brazo, tu corazón.

No te vayas.

Monocorde y yo que me muevo. Monocorde  
ese silbato al patio de prisiones cuando el celador ordena  
la hora del encierro.

Monocorde y mi corazón que se agita, late  
como potros.

No te vayas.

Carne de mi carne, decían.

**Acostado al lado de mi madre**

*¿Qué querés conmigo?*

*Abrí las piernas. Dame migas del pan mojado y masticado. No pongas esa cara de hambrienta porque yo no te puedo tocar. Tengo los puños cerrados. Quizás sea mejor, cuestión de prevención del destino tener manos que no puedan empuñar. Andá a la cocin y colgá un almanaque de Chagall. Mirame el día de los enamorados, imagíname mamá. Escuchá la manera en que los colores bailan su música. Servite una copa de alguna bebida fuerte y miranos permanecer detrás de los días, los meses; mirá cómo te quiero el año entero. El almanaque está colgado sobre el azulejo impecable de tu cocina. Cuando des los primeros pasos del día, te prepares el té de la mañana, la comida de la noche, detenete, miranos. Pero apagá ese horno; la máxima extinción se desenvuelve en un mínimo de tiempo. Apurate, es sólo una perilla. Cerrá el gas. Estás cambiando de color. Te veo, desde acá abajo, azulina. O seré yo. O serán mis ojos que se nublan y sólo ven un aire sucio, oloroso de pozo ciego.*

*Mientras me levantan del brazo, de la mano con su puño cerrado, yo te digo que no me voy. Tengo doce años y mojo la cama, la sábana que tendiste. Te mojo la sábana durante el sueño de tenerte, de quedarme ahí.*

*Date vuelta. No puedo ver tu cara. El azul, el gas; y me ahogo. Ahora juego, te dejo pistas, te pegoteo mis pelos en la bañadera. Te empañó los espejos de un jabón engrasado y dejo mi ropa interior sucia por ahí. Mientras, sueño.*

*Cuando me levante, daré vuelta el colchón para que no se note. No te aparezcas por acá todavía. No vengas diciéndome, secalo, secalo.*

*Voy a dar vuelta el colchón.*

*Un sueño, como una puerta, me agarra los dedos. En mi sueño estás adornada con flores de naranjo y tenés un tocado de novia. Es raro verte así vestida de blanco si estás en el colegio y tenés catorce años. Estás en la clase de anatomía. Tu profesora cuelga unos cuadros, didácticas ilustraciones; y habla. Que los varones, que las mujeres. Que el amor y la sangre. Que la noche. Y cuando dijo la noche, dijo los hermanos, la cama. La cama mojada de los hermanos varones, mamá.*

*Vos tenés catorce años y me decís que no me duerma así. Entonces, yo doy vuelta el colchón. Miro hacia el techo y te veo esparcida en una constelación, una luz difusa de infinidad de estrellas. Te veo por esa grieta del barco por donde penetra el agua, por el riel de la vía muerta que no tiene salida, que me aparta y me desvía.*

*¿Por qué estás desnuda, mamá?*

*Cuánto tiempo vas a estar ahí sin hacer nada. Apretá con fuerza. No se puede pasar ni un dedo por la abertura. Pedime que me quede, que no me vaya. Decilo, decilo. Decí que no es mi hora todavía. Decí que me estabas esperando.*

*No se puede vivir así de rodillas todo el día, tantos meses. Todo el día pidiéndote. Y ahora de tan dobladas, no las puedo enderezar. ¿Qué hacemos con las rodillas? Limarlas un poco. Yo me tiro hacia abajo y vos apretá que el roce del pellejo lima las rebabas. Haceme caso. ¿Te arde?*

*Siento olor a meriendas. Estás comiendo chocolate, o son chinches esos pedacitos negros que se cuelan por la boca. Tenés la boca llena, no grites.*

*Yo sueño que me tiro abajo y no me caigo. Me caigo y no termino nunca de caer; mamá, el ombligo.*

*Si te vieras la cara. Tenés que odiarme con esa cara. La cara que no me dice te estoy esperando, hijo, te esperaba. Y yo que me precipito y no me caigo. A mí que me cierran los ojos. Vos que deberías odiarme para estar toda dura como una momia. Hacé un pozo en el jardín; cava un hueco y escondeme ahí.*

*No aprietes ahora. Ya no siento las rodillas. No se puede vivir toda una vida arrodillado. Yo aprendí bien la lección, no se mezcla carne con leche. Escupí el chocolate y lavate la boca.*

*Por qué quema tanto la luz. ¿Dónde se fueron todos? Me falta el aire y no puedo gritar y no es un sueño. Tengo esa cara de alarido y no puedo. Ahora siento el rocío fresco del pasto del jardín, y nada más.*

*Salgo, mamá. Despacio.*

*¿Me sentís así; así, despacito?*

## MIA

	Pág.
Con los brazos abiertos	3
Como si se tratara de una herida	20
Un paño limpio, apenas estirado	42
Acostado al lado de mi madre	60